

# POLEMICA

de mi —comparativamente— modesta biblioteca.

Poco menos de dos años, ya te digo —tras un fallido intento de cruzar la frontera por Andorra (cincuenta duros en coche de alquiler desde La Puñalada)—, residí en Barcelona, y, aunque ganó mi corazón, la visito con asiduidad y estoy vinculado a ella editorialmente, me sería difícil —empeño del que desisto— enjuiciarla tan a la ligera como tú has hecho —permaneciendo en ella apenas una semana— con otra de las raras y verdaderas ciudades de nuestro país: Sevilla.

¡Qué fácil resultaría para mí, por ejemplo, escribir que Barcelona es una farisaica ciudad (por haber sabido conjugar —sin mayores detrimentos— el pan con tomate con el scotch; las más rancias y venerables tradiciones con las noches de vino y de rosas; las escapadas a Perpiñán —para ver la última cinta de Sempurn—; con el rosario en familia recomendado por el padre Peyton; los endecasílabos con los Bonos de Caja convertibles; la discriminación, a escala peninsular, de los emigrantes andaluces y, a nivel africano, de las criadas llegadas de la antigua Guinea española con la indiscriminación —a la hora de oír «jazz» o hacer el amor— de los artistas —preferentemente en tránsito— de color que pasean las Ramblas y provocan inconfesables pasiones en las devotas matronas y en las emancipadas adolescentes de ciertos sectores de la alta burguesía en las noches de plenilunio; las monchetas con el «gin-tónico»; las chabolas de Casa Antúnez con —a dos pesos— los suntuosos yates de Club Náutico; la devoción hacia el Padre Claret con las otras escapadas —a las cinco en punto de la tarde— a la Casita Blanca; los gigantes y cabezudos de las fiestas de la Merced con Bocaccio), pero no lo hago por una simple razón, porque eso no creo que baste —ni sobre— para dar la medida exacta de una ciudad, por fortuna, mucho más compleja y, a la vez, también mucho más sencilla, como cualquier otra ciudad —con verdadera solera— del mundo.

Pero continúo con mi historia personal, que, inevitablemente, tiene que ver un tanto con tu reportaje en cuanto —y como carezco del don de la ubicuidad— me declaras personaje sevillano, viviendo desde hace cuatro años —después de haber dado alguna que otra vuelta por el mundo, por el ancho y ajeno mundo— en Madrid, donde da la casualidad que, aunque de tarde en tarde, nos encontramos (en

una exposición de pintura, en la presentación de un nuevo libro —tuyo, mío o de cualquiera— entre los rojos reflejos de la decrepitud de los sofás y los taburetes de Oliver, o en el cóctel de una embajada, casi siempre la misma) para terminar hablando invariablemente de literatura, tema que continúa apasionándome y que a ti, presiento, parece causarte cierto desasosiego recordando quizá los dorados años de tu prosa diáfana y de tus agudas y finas observaciones sobre hombres, pueblos y paisajes de exóticas latitudes.

Siento muy de veras, Luis, que en el tercero y último de tus artículos sobre Sevilla hayas tomado el rábano por la hoja y pasado de rosca al añadirle el lamentable apéndice «quién es quién» en Sevilla, y que hayas defraudado la admiración que por ti tenía y buena parte de estimación literaria que por ti continúo teniendo. Siento también muy sinceramente que durante tu estancia en mi ciudad —en la que, por razones obvias de explicar, continúo siendo un proscrito— no hayas advertido que existía otra cara de la moneda que no pudiste o no quisiste descubrir. En la Sevilla donde vieran por primera vez la luz Velázquez, Antonio Machado y Luis Cernuda, por no citarte medio centenar de otros nombres que no fueron catalogados ni entre las fuerzas vivas, las fuerzas muertas o las fuerzas embalsamadas, existen hoy muchos millares de sevillanos —imposibles de encasillar en tus «shows» celtibéricos— y que, en la mayoría de los casos desde donde las sombras, sin prisa, pero sin pausa, es posible que se encuentren forjando, casi sin saberlo, el futuro lleno de esperanzas de su propia ciudad.

¡Y pensar que en el fondo te envío esta carta abierta sólo por tu falta de caridad —valga la palabra—, al haber tenido la osadía de incluir en tu deplorable diccionario a Antorjio, el pobre y tierno Antonio (tu Antorjio Procesiones), que alegrará tantas tardes de primavera mis melancolías en los lejanos días de mi niñez!

Muy sinceramente, ■ ALFONSO GROSSO.

## FABULA DEL URBANISTA

«...Sostener la cualidad contra la cantidad significa únicamente esto: mantener en el inmovilismo determinadas condiciones de vida social en las que unos son la can-

tidad y otros pura cualidad. ¡Y qué agradable es considerarse representante patentado de la cualidad, de la belleza, del pensamiento, etc.! ¡No hay señora del bello mundo que no esté convencida de cumplir la función de conservar en esta tierra la cualidad y la belleza».

A. GRAMSCI



Erased una vez un cercano país en el que cada vez se hizo más frecuente comprar una casa antigua en el campo, conservar la concha y remodelar el interior». Frecuentismo; hasta el extremo de que entre sus habitantes por lo menos un uno por ciento lo hacía. Un sagaz y benéfico urbanista que pasaba por allí y se dio cuenta de esto, dijo: «Yo quiero un paraíso aquí y ahora», y empezó a trabajar.

Este urbanista puso todos los medios a su alcance para conseguirlo, ya que, como todo tecnócrata que se precie, pensaba que los problemas urbanos los podían solucionar los urbanistas, así como los económicos los economistas. Entre otros medios utilizó la prensa, y bajo la bandera del humanismo propugnaba la creación del hombre renacentista en 1971. Aunque en sus polémicas confundió Barroco con Manierismo y utilizó citas del «filósofo» más reaccionario de la nueva mística californiana, sus afanes altruistas y científicos le impulsaron a mejorar la situación de los hombres partiendo de un acto de fe: el pueblo que pretendía transformar podía ser tan culto que fabricaría la ciudad del futuro de un modo bucólico, a ratos libres, a su propio gusto y, por descontado, individualmente; en esto y otras sutilezas basaba él la poética de la función urbana. En este país había aparecido ya una ley de educación que hacía posible las aspiraciones de este feliz urbanista que convertiría en más feliz aún (si es que esto era posible) el país en que vivía. Era el urbanista bueno.

Había, entre muchos en ese

país, otro urbanista malo, pesimista y feroz.

El bueno dijo que con sus teorías urbanísticas volvería el hombre del Renacimiento no para su élite, sino para todo el mundo. Quizá por este motivo se apoyaba también en las teorías del más renacentista de los actuales arquitectos, Luis I. Kahn que decía: «Es el deseo y no la necesidad quien debe guiar el diseño. Por primera vez en la historia el urbanista dejaría de estar al servicio del poder para servir exclusivamente al HOMBRE. Eran opiniones del urbanista bueno que descubrió también, a partir de un filósofo clásico alemán (naturalmente anterior a Feuerbach), que un humanista, a la hora de crear una ciudad o trabajar sobre ella, podía «respetar todas las minorías», ya que en aquel país idílico, el capital privado, que a su vez era el principal urbanista, lejos de pensar en el incremento de sus dividendos, pensaba no sólo en las necesidades del ciudadano, sino también y especialmente en sus deseos.

Era el urbanista bueno. En sus polémicas utilizaba el término «categoría» con el más puro rigor del universal ontológico y lo hacía brillantemente sobre todo cuando lo aplicaba precisamente a los conceptos de necesidad y deseo.

El urbanista malo, pesimista, amargado y feroz, replicaba al urbanista bueno diciendo cosas de este jaez:

Una: «Las cosas no están aún como para que se puedan resolver los problemas urbanos a base de diseño, vaya éste guiado por el deseo o por la necesidad».

Otra: «Las minorías me importan un pimiento mientras las mayorías no tengan unas posibilidades económicas mínimas como para tener acceso a una vivienda digna (aunque sea sólo decente según criterios puramente técnicos y prosaicos)».

Otra: «Las villas antiguas remodeladas por dentro me ponen malo mientras no haya escuelas y campos de deportes para todo el mundo».

Otra: «La «categoría» del deseo me parece una solemne utopía ante la inmediatez de la necesidad».

Otra: «El rito y la poética urbana o constructiva son «categorías ideológicas» que vendrán a partir del mundo de la abundancia en el cual no estamos, evidentemente, ya que dos de cada tres habitantes del mismo no se mueven a niveles de deseo en algo tan tonto como comer, sino a nivel grave de necesidad y de hambre».

El urbanista malo siguió atacando el individualismo —exis-

tencial— aristocrático en todos los campos de la construcción sin darse cuenta de que los habitantes de aquel país en el que cada vez era más frecuente tener un chalet en el campo iban a echarse encima y a perjudicarla, como se dice en México.

El urbanista malo, amargado y mal patriota, siguió pensando y a veces diciendo que la solución al problema urbano no la iban a dar los urbanistas, y que el problema partía de una necesidad previa a todo rito, poética o deseo privado: había que colectivizar el suelo urbano y no simplemente urbanizar el terreno colectivo.

El urbanista malo se exponía a ser acusado de peor, pero como además era insolente, lo publicó en una revista de gran tirada.

El también sabía que la colectivización del suelo necesitaba otras colectivizaciones, pero eso no lo decía el muy rastroso.

El amargado aquél, aunque lo omitía en su réplica, lo que quería decir era que las relaciones urbanas y, por tanto, humanas estaban absolutamente mediadas por las famosas contradicciones del capitalismo que radican en rúbricas políticas y económicas que son detentadas por el poder financiero, y, por lo tanto, es inútil todo arreglo o parche en el diseño urbano si antes no se han resuelto esas contradicciones. El arquitecto malo quería decir esto, pero, si bilinamente no lo dijo.

Así siguieron las cosas; el bueno, con su buena fe, su ilusión de arreglar el mundo y su entusiasmo humanista. El malo, en cambio, negando toda posibilidad, destruyendo las sabias teorías de los nuevos genios del «styling» urbano una y otra vez. Aquello fue poco a poco tomando caracteres de noticia hasta que aquel pueblo feliz dijo: «¡Basta!».

El urbanista malo tuvo que reconsiderar sus principios, corregirlos y eliminarlos, cosa en la que felizmente empleó muy poco tiempo.

Al rectificar pudo, por fin, comprender al buen urbanista. Gracias a las presiones populares y científicas devolvió la luz a su razón, la serenidad a su espíritu, y fue y se compró otra caja de compases y un teñógrafo moderno. Y fue muy feliz con todos sus compatriotas. ■

A. MIRANDA (Madrid). Sobre este tema: «La vivienda, función o rito: ¿Por qué se caen las casas?», Luis Racionero, (número 442). • «Arquitectura sin arquitectos», A. Miranda Mata, (número 446). • «Reencuentro: Arquitectura sin arquitectos y con arquitectos», Luis Racionero, (número 449).